

CÓMO PENSAR

Amadeu Viana

A mi madre

Antecedentes

Hacia los noventa del siglo pasado encontré en la recién estrenada Biblioteca de la Facultat de Lletres de Lleida el libro de J. L. Austin, *Ensayos filosóficos* (Madrid, 1975), traducido por el profesor Alfonso García Suárez, de la Universidad de València. Yo conocía a Austin, como tanta gente, por *Palabras y acciones*, su libro seminal sobre pragmática; me había interesado por J. R. Searle, daba clases sobre análisis del discurso, pero evitaba tanto como fuera posible un enfoque demasiado filosófico de los temas: mi objetivo era un análisis del coloquial en un registro y con unas categorías que fueran mínimamente accesibles sin mucha preparación previa.

El libro de ensayos de Austin contenía un trabajo que atrajo mi atención especialmente, *Cómo hablar: algunos modos simples*. Ciertamente, parecía un ensayo atractivo para un lingüista y la sencillez de su título (como, por otra parte, la de la mayoría de ellos en el volumen), y su centralidad temática, me llamaron la atención. Pero había algo más, que me ha seguido atrayendo durante años: tuve la idea, ya en los noventa, de que el ensayo tocaba algún punto fundamental sobre las relaciones entre el lenguaje y el mundo; de manera que volvía a ese artículo una y otra vez, para revisar las categorías que utilizaba y, desde luego, para enfrentarme a los problemas insolubles que presentaba su traducción (excelente, por otra parte, digámoslo). Ahora me he dado cuenta de que es el único ensayo del volumen que contiene un esquema bidimensional, modificado por lo menos en tres ocasiones a lo largo de la argumentación. Quizás buena parte del interés que despertaba en mí radicaba en esa presentación diagramática, en el hecho de desplegar un esquema. Releyendo hoy el volumen, tomo mejor conciencia de que el rango de contenidos del libro no se aparta semánticamente mucho de lo que despliega el esquema de *Cómo hablar*, ya que, de hecho, Austin aborda diferentes problemas filosóficos y conceptuales teniendo en cuenta siempre qué tipo de relaciones cabe considerar entre el mundo y el lenguaje. Por el libro discurren

gatos sobre el felpudo, matices del carmesí, blusas blancas bien lavadas, el padre Guillermo cabeza abajo, o persas vencidos en Maratón, pero no es de eso de lo que quiero hablar aquí, por muy sugerente que sea la capacidad de ejemplificación de Austin.

He titulado esta lectura mía de ahora mismo *Cómo pensar*, en homenaje cándido a ese ensayo diagramatizado al que he vuelto al cabo de los años. Y en parte también porque voy a sugerir que la combinatoria de Austin, que prevé determinadas operaciones pragmáticas, puede ser entendida como una forma muy sencilla de computación operativa a diferentes niveles en el discurso y en la interpretación. El primer obstáculo que habrá que superar es el de la propia identificación de las categorías implicadas, dado que ni en el original ni en la traducción se aclaran mucho los extremos que hay que tener en cuenta en las operaciones pragmáticas, ni aquí en concreto Austin creo que es demasiado explícito o elocuente en sus ejemplos. Repetir bajo determinados supuestos que “1227 es un rombo”, como hace (y no deja de ser una frase con aires carrollianos), no parece una estrategia muy elocuente si queremos abordar con simplicidad y en un registro coloquial categorías básicas o elementales. Pero antes de continuar quiero insistir en el hecho de que el planteamiento de Austin me parece perfectamente correcto (en la medida en la que se torna comprensible) y que la opción de desplegarlo en un diagrama facilita las cosas, lo vuelve elegante y aumenta su atractivo intelectual. Todavía ahora me parece que Austin resuelve con belleza y exactitud un problema complicado, quizás embrujado, para el cual el propio lenguaje coloquial se demuestra insuficiente y necesitado de ayudas coherentes.

En lo que sigue voy a desarrollar la idea de C. S. Peirce de que los signos son pensamiento. Más exactamente, que la actividad semiótica entre los humanos consiste en símbolos, palabras, pensamientos, donde una cosa arrastra a la otra, lleva a otra, irremediabilmente: *omne symbolo de symbolo*, como le gustaba decir a Peirce. Voy a argumentar también que nuestros supuestos (o mejor, presuposiciones) sobre “el significado” y “las palabras” dejan, en general, mucho que desear, como si los dos términos fuesen naturales o expusieran algún tipo de realidad inatacable o inequívoca. Intentando ejercer la *finesse*, pero también la sencillez, voy a tratar de explorar

qué puede haber tras esas expresiones corrientes, teniendo en mente el trabajo filosófico que desarrolló el profesor de Oxford, que daría lugar a la pragmática lingüística, al estudio del lenguaje como actividad. De manera que, para empezar, ¿a qué se refiere el referido artículo de Austin? ¿De qué estamos hablando en *Cómo hablar*?

Problemas

Para evitar el flujo infinito, está bien empezar delimitando las categorías a utilizar. Austin supone diversos tipos de situaciones de habla donde situar enunciados básicos: en primer lugar, una S0 deliberadamente unívoca, ideal para los filósofos, donde diferentes elementos corresponden a un tipo, y cada tipo difiere de los demás. Austin supone que entendemos bien la distinción entre tipo y elemento, distinción que con ese u otro nombre recorre la tradición filosófica, identificándolos como universales y particulares, o más simplemente, como *type* y *token*, patrón, clase o modelo, y pieza, ítem o muestra. Luego, una S1 algo más próxima al mundo real, donde tipos y elementos no encajan a la perfección, donde todo es un poco más o un poco menos parecido a algo. Cosa que desemboca pronto en una S2 deliberadamente plurívoca o pluriforme, donde tanto tipos como elementos pueden entretrejerse de manera múltiple, situación que Austin no analiza en este ensayo. Vamos a quedarnos, para bien del razonamiento, en las situaciones simples que desbrozan el terreno. La hipótesis más elemental es que una aplicación reiterada o recurrente de los modos pragmáticos básicos que identifica Austin (que vamos a ver) llevará a las complicaciones que todos sabemos reconocer en el discurso ordinario, a las típicas discusiones encadenadas y a los procedimientos complejos de argumentación que ayudan a entender (y a veces a no entender) lo que alguien ha pretendido decir o hacer. Para decirlo a la manera de Peirce, proyectando una comparación, el primer nivel pertinente sería el predicativo (o *remático*), el segundo nivel sería el proposicional, el tercero el argumentativo, donde distinguimos entre deducción, inducción y hipótesis (o abducción). No hay un corte fino entre los tres niveles, como no lo hay entre las situaciones de Austin, más allá de la cuchilla fina del filósofo que las separa.

La cosa se vuelve más interesante cuando Austin nos propone examinar cuatro modos enunciativos (o realizativos, o performativos, yo, particularmente abomino de esos neologismos) latentes en el enunciado más simple, *E es un T* (donde E sería un elemento y T un tipo). En otras palabras: que podríamos estar haciendo cuatro cosas distintas cuando tenemos una expresión como *E es un T*; que un enunciado sencillo como *E es un T* abre cuatro modos pragmáticos, se despliega en cuatro alternativas posibles, o cuatro actos de habla distintos. ¿Y por qué hablamos de cuatro? Porque Austin explora esas posibilidades en función de dos dimensiones contrapuestas: la dirección de referencia, que ajustemos nombres a elementos, o al revés, elementos a nombres; y el peso de la enunciación: que demos el sentido por supuesto y busquemos el tipo, o a la inversa, que demos el tipo por supuesto y busquemos el sentido.

Por encima, o por debajo, de la opacidad terminológica con la que progresa el artículo, dos modos parecen prominentes y se nos presentan con bastante claridad ante el sentido común (algo que Austin no comenta, pero que resulta manifiesto en su manera de abordar los cuatro modos): que *E es un T*, o según su ejemplo estrella (y casi único), “1227 es un rombo”, puede ser o bien una descripción o definición (cuando claramente damos el tipo de un caso) o bien una mención de un elemento (cuando, al revés, damos un caso de un tipo). El primer modo evoca predicaciones clásicas como “El elefante es un mamífero”, donde el peso enunciativo recae sobre el predicado como tipo; el segundo evoca afirmaciones como “El elefante es un ejemplo de mamífero”, donde claramente el peso enunciativo destaca el primer elemento como un caso. Voy a saltarme en lo que sigue los diferentes niveles situacionales (S0, S1), dado que en nuestro mundo habitual reconocemos más ambigüedad que univocidad. Ni los ejemplos de mamíferos, ni las diferentes modalidades sintácticas a las que recurriré aquí, aparecen en el artículo de Austin, si no indico lo contrario; forman simplemente parte de mi esfuerzo para entender el orden cuatripartito del filósofo inglés.

Lidiar con las versiones españolas de los modos parece tanto o más difícil que lidiar con los originales ingleses: para empezar, Austin opta por *stating* e *instancing*, el traductor, por *enunciar* e *instanciar*, pero estos son, con

todo, los términos menos problemáticos. En vez de “enunciar”, que es un modo característicamente neutro (todos son enunciados), podríamos optar por “declarar” o “aseverar” y “aserción” o “declaración” para el resultado. Y en vez de “instanciar” podríamos ofrecer “mencionar” o “ejemplificar” (o “dar como ejemplo”, o “dar como caso”). Pero aquí podríamos extendernos hasta el infinito. Porque tenemos nombres con muchos matices para designar o definir, o interpretar una misma cosa, y hay muchas cosas diferentes que reclaman ser dichas, nombradas o interpretadas. Y eso que estamos en la parte más diáfana del diagrama de Austin. En su versión unívoca, “enunciar” y “dar como caso”, el aserto y la muestra, respectivamente, se correlacionan con “describir”, *describing* y “ejemplificar”, *exemplifying* en S1, donde se exigen más diferencias. Pero resulta que “muestra” dispara las asociaciones en otro sentido, no necesariamente verbal. De manera que parece muy complicado, o imposible, dar versiones unívocas ya de ese universo unívoco, e incluso del biunívoco o equívoco, que tendría referencias más imprecisas. Y eso no es un problema menor. Las notas a pie de página del artículo de Austin se llenan de cursivas y comillas, de preguntas y respuestas, de intentos infructuosos de desambiguación (“aquí ‘llamar’ es ambiguo”, “hay una ambigüedad en ‘decir’...” etc.). Volveremos sobre ese asunto más adelante, pero a partir de este punto ya cabría preguntarse si, ante las dificultades obvias de expresión de los modos básicos (y solo hemos enunciado dos), es posible que esos modos escalen por los diferentes niveles situacionales, invadiendo las situaciones más complejas, S1, quizás S2, y por qué no, una hipotética S3, donde quizás se cuecen las habas. Mi respuesta es que sí, que esos modos articulan las dificultades esenciales, permiten proyectarlas y podemos intuir como se complican en cada nivel situacional; de manera que, como se afirma en la lengua coloquial, diríamos que los acontecimientos se precipitan, que viene a ser su primera y básica función.

Voy a declararme desde el principio más *lumper* que *splitter*, más partidario de amontonar que de separar, de aglutinar que de desglosar, aunque el objetivo de este artículo sea distinguir y clarificar. Entiendo que hay dos tipos de problemas, bien presentes también en el artículo de Austin, aunque no me entretenga aquí a cortar con la cuchilla fina del filósofo. Hay problemas de

expresión: ¿Cómo llamamos a la ‘muestra’? ¿Caso, ejemplo, elemento? ¿Cómo nos referimos a la presentación del tipo o la clase? ¿Definir, describir, declarar, aseverar, enunciar?; y hay problemas de comprensión, o contenido, en parte derivados de los primeros, y en parte nuevos. Todo el mundo parece que puede distinguir bastante bien entre formular un tipo, en una descripción o una definición, como “mamífero”, y dar un caso, como “elefante”. En palabras de Austin, tanto el peso de la enunciación como la dirección de referencia son opuestos, y el sentido común responde bien a eso. Hay que hacer la salvedad de que en nuestro mundo polimórfico (no en el de “1227 es un polígono”) “mamífero” puede ser a la vez un caso de un tipo más general (“vertebrado”) y “elefante” un tipo que agrupe diferentes casos (el “africano” y el “asiático”, sin ir más lejos). Pero hay más cosas.

La parte más enigmática del diagrama de Austin es la que corta en diagonal el pastel del aserto y la muestra, o la acción de afirmar y la de mencionar un caso. Austin se refiere a ella como *identificación*, y se apresura a distinguir dos modos contrapuestos, aunque a través de una terminología opaca. El primer modo lo llama identificación-t, que a nosotros nos puede valer como “identificación de tipo”. Su único ejemplo clarificador es el hecho de que te pregunten qué es esa flor que ves y respondas “un dafne” (quieren saber si lo sabes). Para Austin eso es como encontrar “un tapón que se ajusta en un objeto” (y de ahí, “identificar-t o ajustar el tapón”); no sé si ayuda tampoco llamar a esa operación “localizar” o “situar”, *placing*, porque dudamos entre si se trata aquí de puntos en un mapa, de algo que se ha perdido, o de una localización verbal, sea eso lo que sea. Para ser un universo todavía unívoco, andamos bastante desorientados.

El universo de tapones se complementa con un universo de moldes. Te pueden pedir, ante unas muestras, que digas cuál es el dafne, el segundo modo de identificación (se presupone que lo sabes, y te piden que digas cuál es). Austin ya ha advertido que la relación entre el nombre y el elemento es una relación de ajuste, *fit*, en el original; mientras que la relación entre tipo y sentido establece el peso de encaje, o *onus of match*, en el original. Como hemos dicho, la dirección de ajuste se da entre nombre y elemento, mientras que el peso de encaje (dar por descontado el sentido y predicar el tipo, o al revés, dar

por descontado el tipo y predicar el sentido) se da entre tipo y sentido. Como él escribe (y no traduciré): *Complexity arises, nevertheless, owing to the complexity, which may escape notice, of the notions of 'fitting' and 'matching'* (p. 233). Ciertamente se requiere algo más que un titán para distinguir de buenas a primeras entre *fit*, ajustar, y *match*, encajar, teniendo en cuenta la importancia del asunto y la ortogonalidad de los modos estipulados. Los dos modos de identificación de Austin se oponen tanto por la *direction of fit* como por el *onus of match*. El primer modo, como hemos visto, es como encontrar un “tapón que se ajusta en un objeto”, el segundo es como “tratar de encontrar un objeto para cubrir un expediente dado”, y la traducción prosigue, “de aquí el nombre de identificar-e o cubrir el expediente”, que a nosotros nos sirve, en la parte que nos sirve, como “identificación de elemento”; y remata: “‘Moldeamos’ esta cosa como el dafne”. “Moldear” traduce el inglés *cast*, la opción conceptual del filósofo de Oxford para ese segundo modo de identificación. Podríamos estar horas desbrozando los significados de *cast* para ver cuál encaja mejor con lo que quería decir Austin; o años. Pero el problema no es solo terminológico (como decíamos antes) sino también semántico: comprender exactamente a qué dos tipos de identificación se refiere el autor, cuando explora la dinámica de los tapones y los moldes, los principios del ajuste y el encaje, el peso y la dirección, el *casting* (la operación de moldear) y el *placing* (la operación de situar).

En cualquier caso, ello nos deja (desolados) con las siguientes posibilidades:

Localizar / *Placing* :: Enunciar / *Stating*
Instanciar / *Instancing* :: Moldear / *Casting*

La primera fila representa el ajuste del nombre al elemento; inversamente, la segunda, el ajuste del elemento al nombre. La primera columna, en cambio, a la izquierda, representa el encaje con el sentido, y a la derecha el encaje con el tipo. Siguiendo a Austin, localizar es encontrar un patrón que encajar en esta muestra; enunciar, encontrar un patrón para encajar esta muestra en él; instanciar, encontrar una muestra para encajar este patrón

en ella; y moldear, encontrar una muestra que encajar en este patrón. Una colección de asertos que, irónicamente, puede marear al lector.

Aquí no solo las categorías se atascan. Para volver operativo el diagrama de Austin, tendríamos que deshacernos de la elegante simetría de las anteriores definiciones, de la dudosa terminología metafórica de tapones y moldes, de la poco operativa (sin más explicaciones) distinción entre ajuste y encaje, y explorar la dinámica de los ejemplos, que aquí no solo no proliferan, sino que se reducen perceptivamente a un enigmático “1227 es un rombo”. ¿Estamos hablando realmente del hecho de que cualquier enunciado *E es un T* es susceptible pragmáticamente de las cuatro interpretaciones, de tener cuatro usos? ¿Cuál es el alcance real del cuadrilátero de Austin? ¿Por qué afirma tan categóricamente que se trata de cuatro posibilidades factuales, de cuatro actos de habla distintos? Además de la distinción entre “enunciar” y “mostrar” (“mostrar un caso”, “mencionar un caso”; dificultades verbales y conceptuales a parte), ¿tenemos alguna manera de reconocer con claridad los dos tipos de identificación (“localizar” y “moldear”) que cortan diagonalmente el pastel enunciativo? ¿Es posible captar las oposiciones básicas desde el sentido común, puenteando las fórmulas alambicadas que acabamos de ver con las que el filósofo define los modos?

Tenemos pocas pistas a nivel de ejemplos que nos ayuden con los tipos de identificación. En una nota, Austin distingue entre preguntar “Dónde está el adverbio en la frase siguiente” (por ejemplo: “Aquí en Valencia se hacen buenas paellas”) y “Qué es ‘aquí’...”, en la frase anterior entre paréntesis. Aunque los lingüistas puedan dar saltos de alegría con este ejemplo para reconocer los dos tipos de identificación, el sentido común nos pide más datos y más discusión. “Aquí” en el primer caso (como respuesta) es una identificación de elemento o identificación-e, y “adverbio” en el segundo caso (como respuesta) es una identificación de tipo o identificación-t. Sin embargo, para llevar el diagrama austiniano a una completa operatividad, hay que definir la interacción entre las variantes y las dimensiones, para saber qué está haciendo en cada caso el ajuste y el encaje; o la dirección de referencia y el peso de la enunciación; y hay que saber cada modo qué tipo de predicciones puede hacer, sobre qué gama de casos se puede aplicar o expandir. Porque

solo así sabremos si los modos del filósofo, tan atrayentes e intrigantes, pueden escalar por las diversas complicaciones situacionales, y llegar hasta donde se cuecen las habas, donde los problemas son de verdad. De manera que antes hay que despejar mucho terreno.

Otra vuelta de tuerca

Si lo hemos entendido bien, en la localización y en la enunciación procedemos a ajustar nombres a elementos, en el primer caso dando por descontado el tipo y buscando el sentido, y en el segundo a la inversa, dando por descontado el sentido y buscando el tipo. Correlativamente, en la mención de caso y en la identificación de elemento (de nuevo, las dificultades de conceptualización) procedemos a ajustar elementos a nombres, en el primer caso, de nuevo, dando por descontado el tipo y buscando el sentido, y en el segundo a la inversa, dando por descontado el sentido y buscando el tipo.

Como hemos señalado, el sentido común reconoce con meridiana claridad la predicación asertiva: “París es la capital de Francia”. Hay un E (un elemento) del cual se predica un T (un tipo). ¿Qué sería localizar? La forma inversa se presenta con facilidad a la mente: “La capital de Francia es París”. Imaginárnosla como respuesta a una pregunta (“¿Capital de Francia?”) abre paso a entender el enunciado como identificación. ¿Qué sería la identificación inversa, la que hemos llamado identificación de elemento? Una presentación contrastiva podría bastar: “París, y no Marsella, es la capital de Francia”. Aquí procedemos a ajustar un elemento, desde una supuesta lista, a una predicación. En el primer modo de identificación, quieren saber si sabemos cuál es la capital de Francia; en el segundo, se supone que lo sabemos y solo hemos de señalarla. Finalmente, podemos presentar la ciudad como un caso de un tipo: “Paris, capital de Francia y también capital de la moda”. De nuevo el contraste nos aclara que aquí tenemos “Paris” como ejemplo de uno o más tipos posibles. Evidentemente, la sintaxis, el discurso, permite llevar a cabo las cuatro operaciones de diferentes maneras posibles, y da pie a introducir complicaciones que son muy sugerentes pero que tampoco serán el tema de

esta revisión; ni esas complicaciones ni la propia forma sintáctica que mejor alcanza a vehicular los modos básicos austinianos.

Pero quizás sí que valga la pena ampliar un poco más el rango de la ejemplificación. Los casos de animales mamíferos seguirían una pauta parecida: “El gato es un mamífero” es, a todas luces, una definición o descripción. “El gato es el mamífero, y no el cocodrilo”, sugiere que estamos tratando al primer elemento como parte de una lista; sabemos que lo es, solo debemos hacerlo notar (señalar cuál pertenece al tipo). Inversamente, “Este mamífero es un gato”, como respuesta a la pregunta “¿Qué es este mamífero?” identifica el elemento como perteneciente a un tipo. Y claro, “Un (ejemplo de) mamífero es el gato” da el caso particular de un tipo que damos por descontado. Aquí ya se ve que hay que ir con pies de plomo, dado que las frases se resisten a quedarse en la pizarra y se vuelven con energía hacia los universos de discurso, que es la manera como acabamos haciendo cosas con palabras.

Podemos expresar aun los cuatro modos de una manera más sencilla, como respuesta a preguntas elementales. “¿Qué es esto?” y “¿Cuál es el mamífero?” es la combinatoria básica de los dos modos de identificación, el que busca el sentido (identificación-t) y el que busca acertar el elemento (identificación-e). La respuesta en ambos casos es “gato”, en el primero como identificación de tipo (aquí “un gato”), en el segundo como identificación de elemento (aquí “el gato”). Inversamente, y de manera más intuitiva, “¿Qué es el gato?” y “¿Un gato qué es?” presentaría la combinación elemental de la descripción y el ejemplo, donde se busca el tipo en el primer modo, y se presenta el elemento que hay que reconocer como un caso de un tipo dado, en el segundo modo. En ambos casos la respuesta es “un mamífero”, en el primer modo como tipo o descripción, en el segundo como asignación simplemente del caso o ejemplo presentado. Que un término pueda ser objeto de definición, o bien él mismo objeto de ejemplo depende de la dirección de referencia y del peso de la enunciación, pero eso es algo que todos comprendemos bastante bien.

Es cierto que aquí hay simetrías y asimetrías, dificultades en la propia descripción de los cuatro casos, problemas de sintaxis, y desde luego, una

gama de situaciones bastante distinta. Y eso sin movernos del universo reducido y bastante descontextualizado de los gatos mamíferos. Creo que estas dificultades son parte importante del problema, como son parte también las oscuridades latentes y patentes en el ensayo de Austin. “¿Quién es el médico?” “El médico es Pedro”; en esta respuesta identificamos a alguien asignándolo a un tipo (nuestra identificación-t). “¿Qué es Pedro?” “Pedro es médico”; aquí definimos el tipo. Eso resulta bastante diáfano, pero en seguida las cosas se complican. Podemos orientar las preguntas hacia los elementos, de dos maneras opuestas: “¿Quién es médico?” “Médico es Pedro”; y también “¿Quién es Pedro?” “Pedro es el médico”. El primer modo presenta al elemento como perteneciente a un tipo, como caso de un tipo (notemos la forma inversa respecto de la definición); el segundo modo pregunta por el elemento identificándolo a través del tipo (notemos también la forma inversa respecto a la identificación-t). Ello nos deja con cuatro modos de respuesta con la sintaxis cruzada, que responden a dos series de preguntas, en algunos casos, con aparentes similitudes (“¿Quién es el médico?” / “¿Quién es médico?”, por un lado; y “¿Qué es Pedro?” / “¿Quién es Pedro?”, por el otro): “El médico es Pedro”, para la identificación de tipo, “Médico es Pedro”, para el ejemplo, “Pedro es médico”, para la definición del tipo, y “Pedro es el médico” para la identificación de elemento. El entrecruzamiento sintáctico se encabalga peligrosamente, como vemos, con intriganes parecidos entre algunos de los cuatro modos.

Es difícil seguir por estas veredas sin liarse, y entrever estas distinciones en operaciones sencillas. Pero la idea de Austin, y la que también mantengo aquí, es que la distinción entre peso del enunciado (suponiendo el sentido y buscando el tipo, y al revés) y la dirección de referencia (del nombre al elemento, y al revés) son cruciales y, efectivamente, se cruzan de manera diabólica constituyendo o conformando actos de habla distintos. Componen, efectivamente (que también significa *de hecho, pragmáticamente*), maneras de hablar que también son, a mi modo de ver, maneras de pensar, como intentaré mostrar en seguida.

Pero vale la pena entretenerse un poco más con la categorización que hace Austin. El término “localizar” se entiende razonablemente bien si se trata

de situar un punto en un mapa, pero se vuelve opaco cuando nos referimos a un nombre que identifica un elemento como en “La capital de Francia es París” o “Este mamífero es un gato”. Para universos no unívocos, Austin propone “llamar”, *call*, para la identificación de tipo o identificación-t (que, recordemos, él llama “de tapón”); de manera que nuevo se despierta el asunto que nunca duerme del todo, dado que “llamar” puede ser demasiadas cosas, desde “nombrar” hasta “citar” (o “mencionar”, como en “mencionar un ejemplo”). Para aclararnos, valdría más retener el término “denominar” como operación prototípica, en lo que respecta a la identificación de tipo. En cualquier caso, *call* resulta una etiqueta esquiva (que remite a algo ahora claramente verbal), y aparentemente multiplica los problemas, dejando incluso de lado el hecho de que seguramente diferentes lenguas conceptualizan *call* y sus acepciones con palabras distintas.

En cambio, en la progresión de “instanciar” hacia universos más imprecisos, el nuevo término de Austin se vuelve meridianamente claro: propone “ejemplificar”; y lo mismo pasa en la progresión de “enunciar”, una categoría demasiado neutra, hacia universos más ambiguos, para los que propone “describir”. Cuando ejemplificamos y describimos tenemos universos donde no hay una correspondencia neta entre clases y elementos: hay que buscar una cosa y la otra, reordenar los conjuntos o *sets* resultantes, aclarar quién es quién, definir con cuidado. A lo largo de mi reanálisis en estas páginas he ido intercalando las denominaciones unívocas (cuando eran comprensibles, y también pronunciables) con las de universos más equívocos. Así, he recurrido al ejemplo para aclarar la casuística, y he alternado la operación de enunciar con la de describir o definir, sin tomar excesivas precauciones. Como he dicho más arriba, he sido más *lumper*, amontonador, que *splitter*, desglosador.

Para acabar con esto, realmente, admito que las dos modalidades de identificación me han resultado particularmente atractivas, aunque las denominaciones respectivas lleven a un callejón sin salida, más en un caso que en otro. Ya me he referido a la cuestión de “localizar”. El término para la identificación de elemento, *cast*, vertido como “moldear” o identificación-e (para mí, identificación-e; para Austin, identificación “de expediente”) deja poco

margen o ninguno para especular sobre su significado. Cuando se trata de universos más imprecisos, parecidos a los nuestros en la vida de cada día, el filósofo de Oxford recurre a *class*, que se vierte como “enclasar”. Dejando de lado ahora las peculiaridades del ajuste (*fit*) i del encaje (*match*), la nueva denominación de este modo complejo despierta una buena batería de preguntas. Entre algunas, la siguiente: ¿estaba Austin pensando también aquí (en la identificación-e) en alguna de las acepciones de “clasificar”, como operación opuesta a “diferenciar”, modos que quizás se tornan evidentes en situaciones de habla más complejas, como sugiere en algún momento, más adelante en el ensayo? Pero yo me contentaría con tener una buena descripción de la identificación-e, lejos de moldes y expedientes, así como un buen término para referirme a ella.

La cuestión es que las dos modalidades de identificación no presentan problemas para el sentido común. En un caso preguntamos si sabemos qué es una cosa; en el otro si sabemos cuál es tal cosa. Ante una lengua extranjera, un problema es saber cómo se dice tal cosa o tal idea (hay que saber el nombre y su significado), y otro reconocer tal cosa o tal idea cuando oímos su nombre o nos las presentan (y ya conocemos el nombre y su significado). De otro modo todavía: la identificación de tipo, de alguna manera, supone etiquetar o decir el nombre (de una cosa), la identificación de elemento supone especificar o determinar una cosa (por el nombre). Imaginemos que clasificamos un hecho como un asesinato: investigamos y reconocemos la categoría, empezando por examinar si realmente ha habido un asesinato y, si es así, por tanto debe haber un asesino; identificar por el tipo es acusar a alguien del asesinato, adjudicarle la etiqueta (en este caso, de asesino). Pues bien, otra cosa es identificar a alguien como asesino, demostrar (o descubrir) que ha sido él el asesino, cosa que sería una identificación de elemento: aquí la persona está determinada por la evidencia, las pruebas le apuntan; en la acusación le apuntamos con las pruebas. En el primer caso la identificación es de etiqueta: le asignamos una categoría a alguien. En el segundo demostramos que es él, que es quien buscamos: la identificación es por los hechos, determinamos o especificamos que se trata de él. Podemos volver a un ejemplo más intrascendente: “¿Quién es el de Valencia? “El de Valencia es

Pedro”: situamos a alguien dentro de una categoría, como perteneciente a una clase, un sitio o una universidad. El modo inverso consiste en averiguar “quién es Pedro”, a partir del nombre hasta dar con la persona (o la cosa), a través de la categoría, “Pedro es el de Valencia”. En el primer caso identificamos a alguien partiendo de la categoría; en el segundo identificar la persona es acertar con la categoría (si sustituimos “el de Valencia” por “el asesino”, ya tenemos establecido el paralelismo). Hacemos estas cosas continuamente, en diferentes ámbitos y con diferentes complicaciones (a veces, muy severas, y no solo nominales). El peso de la enunciación, y la dirección de referencia, contraponen los dos modos. Aunque aquí las palabras no sean muy elocuentes, por algún motivo.

Hay otra gama de ejemplos que pueden ayudar a entender el contraste. La idea de encontrar unos puntos en un mapa es sugestiva, pero por poco que afinemos, vemos que el término “localización” resulta equívoco. De nuevo, podemos estar hablando de situar en un punto una denominación, presuponiendo el mapa (“Situad París”), o de reconocer un punto concreto con una denominación (“¿Qué es este punto?” “París”), a partir de las coordenadas. La primera es claramente una identificación situacional de un nombre (o especificación), la segunda es una identificación nominal de un sitio (o etiquetaje). Correlativamente, podemos entender un mapa como una trama de puntos, y de nuevo, definir el mapa tomando puntos como coordenadas, o sea presentar el mapa de los sitios (“El mapa que forman París, Marsella, Brest, Grenoble y Burdeos, es decir, el hexágono”), o bien, en modo inverso, presentar sitios como puntos de la trama, presuponiendo el mapa, o sea mencionar puntos del mapa (“París, Marsella, Brest, Grenoble y Burdeos son ciudades de Francia”). En el primer caso presentamos el mapa que incluye los sitios, en el segundo, sitios del mapa. Los dos modos equivalen a dos de nuestras operaciones: nombrar elementos que pertenecen al tipo (en tanto que ejemplos o casos), o definir el tipo al cual pertenecen los elementos (presentando el mapa). Notemos que en el primer modo suponemos un contenido común (el mapa), en el segundo el mapa se presenta como continente (valga la expresión; y la zancadilla). En los cuatro modos necesitamos las coordenadas o la trama, y siempre los puntos se incluyen en el

mapa (y no al revés), pero en los dos primeros modos identificamos, partimos del mapa para encontrar los puntos y, en los dos siguientes enunciamos o presentamos, bien puntos, bien el mapa. Las ideas de dirección de referencia y peso de la enunciación tienen que ver con estas operaciones.

Podemos jugar también con la idea de un artículo que pertenece a una revista. Imaginemos que nos preguntan qué publicó Austin en los *Proceedings of the Aristotelian Society*, en el año 1953; resulta que lo sabemos y respondemos *Cómo hablar*, o bien vamos a buscar entre los índices de la revista y aportamos el artículo, lo que sería, en ambos casos, una identificación-t. Pero puede ser que la cuestión emerja de modo distinto: que nos pregunten dónde salió *Cómo hablar*, dónde lo publicó Austin, y en este caso la respuesta sería dar las referencias de la revista o enseñar la revista que lo contiene, y ahora demostramos o documentamos dónde salió, una identificación-e. En el primer caso identificamos la pieza a través de las referencias (de su tipo), en el segundo desde la pieza vamos hasta su tipo, recorriendo las referencias en sentido inverso. Que el artículo y la revista constituyen, en este ejemplo, un caso (o un elemento) de una clase (o un tipo), respectivamente, eso parece obvio a todas luces. Y aquí, de nuevo, tanto el artículo como la revista contienen nombres y referencias, que nos guían en sentido distinto cada vez.

De manera que podemos intentar, con un poco más de claridad que páginas atrás, reproducir los cuatro modos de Austin con términos más comprensibles, manteniendo operativas sus dos dimensiones (y tratando de evitar que las naturales ambigüedades nos desconcierten en exceso):

Denominar / etiquetar (id-t) :: Definir / describir

Ejemplificar / mencionar :: Determinar / especificar (id-e)

Denominar es identificar un tipo, algo así como reconocer una ciudad en un mapa; describir es definir el tipo, algo así como presentar un mapa con las ciudades; ejemplificar es mencionar elementos, algo así como nombrar ciudades que pertenecen a un mapa; determinar es identificar elementos, algo

así como situar una ciudad en un mapa. “La capital de Francia es París” (como respuesta a la interrogación por la capital de Francia), responde a nuestro primer modo, la identificación por el nombre o denominación. “París es la capital de Francia” (como descripción de un elemento) responde a nuestro segundo modo, la descripción o definición. “París, capital de la moda” (una de las cosas que puede ser París), responde a nuestro tercer tipo, la mención o ejemplificación. Y finalmente, “París, y no Marsella, es la capital de Francia” (escogiendo la respuesta correcta) responde a nuestro cuarto modo, la determinación o especificación.

De manera que hay tema. Es posible hablar del cruce básico de referencias y significados de una forma que responda al sentido común. Resulta evidente también que la confusión es parte del problema, y que aquí nos enfrentamos a ambigüedades nominales pero también a equívocos conceptuales. Por algún motivo aquí las denominaciones sinónimas y la polisemia están al orden del día. No es exagerado referirnos al asunto que plantea Austin como un *wicked problem*, un problema endemoniado o embrujado; pero un problema también que embruja y confunde, un problema que nos lleva, de alguna manera, a la matriz de los problemas entre hablar y pensar, como intentaré mostrar.

Hasta ahora, hemos deshecho embrollos conceptuales y aclarado traducciones que desorientaban, dando espacio a la casuística y proporcionando una cierta variedad de ejemplos y explicaciones; pero nos falta hincar el diente en las dimensiones latentes en la cuatripartición del filósofo de Oxford, las causantes, o los orígenes, de las relaciones comentadas aquí. Entrar en las dimensiones latentes, la dirección de referencia y el peso de la enunciación, comporta comprender un curioso nudo semántico y pragmático con interesantes implicaciones. Como quisiera defender aquí, representa un avance pertinente para entender, al menos de manera semiótica (*sub especie semioticae*), las relaciones entre hablar y pensar.

El nudo como interdigitación

En la representación de Austin, las filas representan la dirección de referencia: la primera (denominar-definir) ajustando nombres, la segunda (ejemplificar-determinar) ajustando elementos. Correlativamente, las columnas representan el peso de la enunciación: la primera (denominar-ejemplificar) dando el tipo por supuesto y expresando el sentido, la segunda (definir-determinar) dando el sentido por supuesto y expresando el tipo. Una de las virtudes del diagrama de Austin, que se convierte también en uno de sus inconvenientes, aparte de la opacidad de las denominaciones originales, es que muestra un nudo básico, un entrecruzamiento elemental, que está en el origen de los cuatro modos pragmáticos. La pregunta ahora es si cabe aclarar los elementos que forman el nudo, y qué podemos aprender con el análisis de esa imbricación que nos ha llevado a las cuatro modalidades.

Podemos empezar por deshacer el nudo. Austin une tipos y sentidos por un lado, y nombres y elementos por otro. De manera que aquí tenemos dos series de entidades que corren naturalmente parejas: tipos y elementos, y nombres y sentidos. La siguiente virtud del diagrama del filósofo de Oxford es recordarnos que no hay relaciones directas: que el emparejamiento de nombres y sentidos pasa por tipos y elementos, y a la inversa, que el enlace entre elementos y tipos pasa por nombres y sentidos. Eso es el fundamento del nudo austiniano, y ya es una gran lección. Vamos a ver qué más podemos sacar.

Podemos definir tipos y elementos, como sabemos desde Peirce, en términos de relaciones: los elementos establecen relaciones binarias (elemento-término), se conforman como índices; los tipos establecen relaciones ternarias (de uno a muchos o de muchos a uno), de manera que el asunto crucial es que un tipo reúne elementos de la misma clase (en el mundo real la cosa es más complicada, pero no vamos a llegar tan lejos) y elementos de la misma clase forman un tipo. Para Peirce, los tipos son auténticos símbolos, que se interpretan y reinterpretan, o dicho de otro modo, surgen cuando se establecen relaciones múltiples, cuando un índice tiene muchas referencias, y una referencia puede tener muchos índices. Naturalmente, hay que señalar que una palabra puede ser usada como tipo de una manera y como elemento de

otra. Ese es en buena parte el tema de Austin; lo hemos visto en los ejemplos con gatos, mamíferos y elefantes asiáticos.

El siguiente punto tiene también algún interés. ¿Qué ocurre con las palabras y las nociones? El diagrama de Austin prevé “nombres” y “sentidos” pero curiosamente su presentación cruzada nos impide ver un asunto bastante decisivo. Los sentidos son, de alguna manera, “estados del mundo” o “interpretaciones” (cualquiera de esas dos cosas nos vale). Podemos llamarlos también “nociones”, *res*, en latín. Podemos pensarlos como “temas”, “cosas”, “asuntos”, aquello de lo que hablamos. Podemos suponer que en el mundo hay “temas” o “asuntos” o bien que existen cosas en concreto de las que hablamos o a las que nos referimos. El mundo está poblado de objetos concretos y, desde luego, de temas y de asuntos. De manera que un aspecto no menor es cómo sabemos qué es una cosa y cómo decidimos si es una cosa u otra (un tema o un objeto). Porque, un piano, ¿es un tema o es un objeto del mundo? Pensado en abstracto es un tema, pensado de forma concreta es un objeto. No hay manera de obviar el dilema si no es recurriendo a la enunciación y la referencia; y desde luego, la única manera de circular entre temas y objetos es hacerlo a través de tipos y elementos. De manera que como mínimo podemos tener nociones abstractas a las que llamaremos temas, que conformen tipos o categorías, y objetos concretos que remitan a ciertas nociones. Sin ello no hay manera de hablar.

Otro tanto pasa con las palabras. Una de las propiedades curiosas que se deducen del nudo de Austin es que las palabras por un lado se oponen a los significados, y por lo tanto, aparecen como meras formas, y por otro designan y identifican, con lo que se vuelven necesarias ante las nociones y los objetos. Son simples nombres vistas de un modo, y categorías enunciativas vistas de otro. ¿Cómo pueden ser las dos cosas? De nuevo, la única manera de circular entre formas y enunciaciones es a través de tipos y elementos. La idea de “meros nombres” remite a las palabras como índices o elementos. La idea de modos de enunciación remite a los tipos o categorías. Esta doble bifurcación, tanto en palabras como en nociones, resulta bastante sorprendente para el sentido común y se presenta como difícil de explicar, pero parece ser una combinatoria latente en los cuatro modos pragmáticos. El corolario es que no

hay manera de acceder directamente ni a las palabras ni a las nociones sin pasar por los tipos y los elementos.

Evidentemente, la verdad contraria también se aplica. No podemos hablar de tipos y elementos sin tener palabras y nociones. No existen los “tipos y elementos” en abstracto, al menos en este universo reducido que estamos describiendo. Atraviesan las modalidades de la verbalización y la interpretación, las dimensiones de las palabras y las nociones, *verba* y *res*. Es en este entrecruzamiento básico o doble quiasmo donde se producen los modos austinianos. Sin ellos no hay manera de hablar, ni de pensar.

Hemos visto hace un momento la forma del doble quiasmo: identificar nominalmente una cosa (denominar) o identificar realmente un nombre (determinar), por un lado; mencionar el caso de un tipo (ejemplificar) o definir el tipo de un caso (describir). Podemos formularlo (el quiasmo), con precaución, de dos maneras distintas: decir el nombre o decir la cosa, para la denominación o la determinación, y decir el caso o decir el tipo, para la mención o la definición. Pues bien: me gustaría añadir que los dos primeros modos, denominar y determinar, basculan sobre el eje de las palabras o *verba*: pero como categorías (o tipos, de ahora en adelante V_t), al denominar el caso que pertenece al tipo, y como índices (o elementos, de ahora en adelante, V_e) al determinar el tipo al que pertenece el caso. Correlativamente, diría que los dos siguientes modos, ejemplificar y definir, basculan sobre el eje de las nociones o *res*: bien como categorías (o tipos, de ahora en adelante R_t), al definir el tipo al que pertenece el caso, bien como índices (o elementos, de ahora en adelante R_e), al ejemplificar con un caso que pertenezca al tipo. Naturalmente, siempre tenemos delante frases o enunciados (que o bien identifican o bien reconocen, o bien presentan o bien afirman); de manera que el vaivén tanto conceptual como formal es esperable y, en cierta medida, está asegurado.

Pero creo que esta podría ser una manera de deshacer el nudo de Austin, o al menos de mostrarlo en su forma primitiva, y abordar el asunto del doble quiasmo entre casos y tipos, y nombres y cosas, verbal por un lado, nocional por el otro. Los nombres pueden ser tipos y casos, las cosas igualmente. Y a la inversa: los casos pueden ser nombres y cosas, y los tipos igualmente. Aquí “cosas” son “nociones”, y “nombres” son “palabras”, pero esta

sinonimia es el problema menor. Lo interesante es que, en la medida en la que una dimensión depende de la otra, se configuran diferentes modos pragmáticos, con los que llevamos a cabo acciones distintas, muchas básicas, algunas imprescindibles. Hemos proporcionado más arriba ejemplos a diferentes niveles de una cosa y de otra.

De manera que como resultado del doble quiasmo, decir el tipo, decir el caso, decir el nombre o decir la cosa, obtenemos nociones abstractas (Rt) y ejemplos concretos (Re) por un lado, y palabras que reconocen categorías (Vt) o bien son simples índices para llegar a las cosas (Ve), por otro. Ese doble cruce tiene en cuenta la distinción entre relaciones: de tipo y de elemento, respectivamente. Podríamos escribir igualmente Tr, Er, Tv y Ev, dando precedencia a las relaciones, en función de lo que es manifiesto y lo que es latente en cada modo: elementos como palabras, o elementos como casos, tipos como palabras o tipos como nociones. Lo singular es esa interdigitación tan curiosa como productiva. No sabemos qué es nada (no podemos pensar) ni podemos decir nada (no podemos hablar) hasta que no actualicemos una de esas opciones posibles, uno de esos entrecruzamientos: la enunciación, el ejemplo, la identificación nominal, la determinación real. Cuatro modos simples, como dice Austin, pero que enlazan particularmente las clases y los casos (una de las dimensiones pertinentes) con las palabras y las nociones (la otra dimensión pertinente).

Pero hay algo más. En el nudo austiniano coexisten dos diagonales contrapuestas. Austin llama a la que recorre el eje denominación-determinación "identificación", y ya hemos hecho ver sus dos modos contrapuestos. La segunda diagonal no recibe un nombre específico, pero en nuestro quiasmo recorre el eje definición-mención. ¿Qué parece haber tras esas dos posibilidades? Identificar es reconocer, bien nominalmente, bien realmente. Parece que habría, correlativamente, dos modos de manifestación: la definición o manifestación del tipo, y la mención o manifestación del caso. Reconocer y manifestar son variantes de operaciones elementales: la *interpretación* y la *expresión*. Otra lección del nudo del filósofo de Oxford es que no hay manera de hablar sin escucharse; que en la operación conjunta de hablar y pensar

(añado yo), expresar e interpretar son aspectos complementarios; interpretar es parte de la acción, comprender es parte del hablar.

De manera que las diagonales nos permiten ver los modos de otra manera, quizás menos prolija y un poco más pragmática, orientada a la acción. *Expresamos* o manifestamos las nociones de una de dos maneras: o bien como tipos (en la definición) o bien como casos (en la mención). Inversamente, las palabras *interpretan* o identifican o bien tipos (en la denominación) o bien casos (en la determinación). Cabe decir también, dándole la vuelta al conjunto, que los tipos son expresados cuando definimos las nociones, y son identificados cuando los denominamos con palabras; y al revés, que expresamos los elementos cuando mencionamos casos, y los identificamos cuando determinamos cosas. Un último diagrama (diferente de los anteriores) explica el nuevo reparto:

Definición - Rt :: Denominación - Vt

Ejemplo - Re :: Determinación - Ve

Aquí la primera fila recorre los modos de la clase o el tipo, la segunda los modos del índice o el elemento. Correlativamente, la primera columna indica la *manifestación* o enunciación (definir-ejemplificar), la segunda muestra la *interpretación* (denominar-determinar). Repitémoslo ahora, con las casillas del esquema delante: las nociones se expresan de dos maneras, cuando definimos (como tipos) y cuando ejemplificamos (como casos); las palabras interpretan (o identifican, según Austin) de dos maneras, cuando denominamos (como tipos) y cuando determinamos (como elementos). En los dos primeros modos decimos el tipo o el caso, en los dos segundos decimos el nombre o la cosa. Siempre hay palabras, eso es evidente, pero en un caso expresan y en el otro interpretan: las cuatro modalidades que perseguía Austin, que enlazan particularmente hablar y pensar.

Cerramos el círculo (pero no es ningún círculo), si tenemos en cuenta que, hablando muy generalmente, las palabras pueden ser referentes (Vt) o referidas (Ve), y el sentido puede ser concreto (Re) o abstracto (Rt), como

vemos en cada columna, respectivamente; los elementos pueden ser interpretantes (Re) o interpretados (Ve), como tenemos en la segunda fila, y las clases o tipos pueden ser supuestos (Vt) o manifiestos (Rt), como tenemos en la primera fila. Presentados en esta forma, que destaca el eje de la *manifestación* (de ejemplos y definiciones) frente al eje de la *identificación* (de denominaciones y determinaciones), o en la forma anudada o trenzada de Austin, donde dichos ejes se cruzan, palabras, clases, elementos y nociones conforman una interdigitación básica, un entrelazamiento singular, en la base mismo de lo que entendemos tanto por hablar como por pensar. En definitiva, las palabras interpretan nociones (o el mundo) o expresan nociones (del mundo), recorriendo en sentido inverso, respectivamente, los dos ejes pragmáticos.

Podríamos concluir exponiendo que los tipos y los elementos forman la semántica básica. Las cadenas de relaciones configuran tipos y elementos a partir de relaciones complejas. Esta es la dimensión *lógica* o *semántica*. La siguiente dimensión (orden indiferente) es *pragmática*, hay direcciones de *enunciación* distintas: interpretar es la diagonal de la identificación (con las palabras) y expresar es la diagonal de la manifestación (de las nociones). Finalmente, nada de eso tiene sentido sin que produzcamos *enunciados*: de manera que la *sintaxis* representa la actualización del sistema, la práctica del nudo de Austin.

Muy por encima, he procurado proporcionar aquí algunos ejemplos con base sintáctica, y una pequeña casuística con enunciados y situaciones, pero he renunciado expresamente a las complicaciones habituales del tema y el rema, el sujeto y el predicado, el *given* y el *new*, o el foco y el tópico, porque no eran mis asuntos. He procurado, eso sí, ser estricto en la presentación sintáctica, con objeto de no confundir al lector, porque los datos son importantes, pero no he ido más allá. Quiero comentar ahora la pertinencia de la sintaxis, porque el discurso es lo que materializa los problemas lingüísticos y reales, es en el discurso que le damos la vuelta a esto o a aquello, es con la sintaxis que realizamos esas operaciones que parecen abstractas, y es en el discurso donde las cosas se complican, aparecen categorías nuevas, y las relaciones entre conceptos se tornan operativas en extremo, porque decimos

cosas distintas y intentamos entendernos. Ese tercer nivel de batalla es la actualización de los otros dos que han sido aquí objeto de análisis: el estrictamente pragmático de la enunciación, que expresa o interpreta, dice de diferentes modos; y el rigurosamente semántico que, en términos de Peirce, solo conoce relaciones o bien binarias, como elementos o índices, o bien ternarias, como tipos o símbolos. Pragmática (enunciación) y semántica (categorización) estarían en el origen de las cuatro posibilidades analizadas, en eso que hemos venido a definir como el entrelazamiento básico entre hablar y pensar.

Por lo tanto, una de mis conclusiones es que el nudo de Austin, esa interdigitación o entrelazamiento, es la pieza fundamental de la articulación de los modos, de cómo hablar. Y naturalmente, claro, también de cómo pensar: en la medida en que, en tanto que entidades originales, solo tenemos relaciones y el peso pragmático de un lado o de otro, de la actividad de interpretar o de expresar.

Hablar y pensar

Quiero mostrar, para ir cerrando mi relectura, algunas piezas sueltas que emergen como implicaciones del planteamiento al que he llegado aquí, reformulando el esquema de Austin. Desde luego, aunque no hemos hablado de tonos de carmesí o del padre Guillermo, han aparecido gatos y ciudades de Francia, algo que debe de resultar inevitable. La primera víctima al hablar del lenguaje es el lenguaje mismo. En este caso en particular, tan proclive a la confusión, la indeterminación y la paronomasia, ni forzando la precisión ni forzando a los gatos y a los mamíferos, se llega a resultados excelentes. Hay víctimas, y en buena parte se debe a que aquello que embruja está embrujado a su vez. Es un tema de una circularidad viciosa, aunque hasta aquí no hayamos diseñado ningún círculo. Pero ese es solo uno de los lados del problema.

A mi me parece, en cualquier caso, que se trata de un asunto no trivial, que, a pesar de no aparecer a menudo a la luz, está en el origen de no pocas redefiniciones y reformulaciones, de la selección del vocabulario, de la

delimitación de casos y de muchas otras cosas más, substanciales y formales. En su versión más sencilla (por decirlo sin abusar), el nudo de Austin expresa en términos de interdigitación cuatro modos subjacentes a la actividad de hablar. En la versión que hemos desarrollado aquí con una cierta ambición (palabras que interpretan el mundo, palabras que expresan nociones), hablar y pensar se entrecruzan efectivamente, de manera decisiva, con clases y elementos. En realidad parece que habría un megatema que al mismo tiempo se podría formular en unos sencillos pasos, esa estructura subyacente (para decirlo con vocabulario de los años setenta del siglo pasado) que sería previa para saber qué ha dicho o querido decir alguien, qué estamos haciendo cuando proferimos esto o aquello, cómo sabemos a qué se refiere realmente tal enunciado, y un buen etcétera nada desdeñable.

La idea de interdigitación remite a las de combinatoria y computación. Me gustaría decir que podemos entender las operaciones pragmáticas, los cuatro modos, como un sistema alternativo de combinación, o *switch*, donde nombres alternan con nociones y tipos con casos. Cada operación comporta una distribución ordenada de los conmutadores, una operativa simple y práctica tanto a nivel de discurso como de interpretación. Una computación sencilla que daría paso a operaciones más complicadas como entender y hablar en el discurso ordinario. Porque, al final, ¿qué es lo que tenemos? No hay “palabras” (exactamente) en la mente, ni los significados están apilados en un rincón del cerebro. Bien mirado, no es muy correcto suponer que hay “significados”, en el sentido de que existen realmente, como algo substancial, como tampoco que hay “nociones” con la misma calidad substancial, aunque eso sea un lugar común e incluso una importante categoría cultural. Esos “primitivos” no lo son tanto. Sería más prudente hablar de relaciones (eso eran, originalmente, los “símbolos” de Peirce): relaciones que se establecen de diferentes maneras, pero principalmente dos, en modo binario (índices) y ternario (clases). Tipos y elementos, eso sí, entendidos como relaciones, que es aquello substancial en la actividad cognitiva. Pero inmediatamente tenemos la dimensión pragmática de la expresión y la interpretación.

La idea de las “palabras” y las “nociones” como substancias o esencias es muy delicada. Qué es “piedra”? ¿De qué estamos hablando? “Piedra” es

una forma lingüística o el significado de “piedra”? Y más: ¿es una categoría, nos referimos a ella como un tipo de cosas, o una clase de cosas? ¿O estamos hablando de una piedra, de eso que conocemos como objeto “piedra”? No hay manera de responder estas preguntas suponiendo substancias o esencias. La respuesta es: depende. Se trata de relaciones. Hemos de saber qué queremos decir, o qué decimos en cada caso. Hemos de saber si “piedra” interpreta una cosa del mundo (la nombra), o si designa un tipo dentro del cual podemos tener casos, etcétera. Si resulta que es (solo) un nombre o si es (solo) una noción, eso dependerá de lo que hagamos con ella. No hay “significados” ni “palabras” fuera de esas relaciones. No hay ni una cosa ni otra, en la mente, aunque sea la mente quien las produce y las comprende. La idea es que se producen y se comprenden *dentro* de algo así como el nudo de Austin, en la “performatividad” (*horrendo referens*), en la actividad.

Correlativamente, tampoco hay “tipos” y “elementos” como tales, hay relaciones de diferentes tipos, asignaciones y especificaciones y todo eso. Ideas, palabras, objetos y clases, los cuatro modos expresan relaciones, en un sentido o en otro, en una dirección o en otra. La casuística, a veces opaca, de los modos pragmáticos tiene que ver con eso, o es simplemente eso, para decirlo mejor. Si la pragmática contemporánea repite que hablar es una manera de hacer, conviene recordar que hacer también es una manera de pensar, porque pensar consiste en operaciones. Hacer y hablar se articulan mutuamente, en una interdigitación básica. Porque, en definitiva, ¿qué diferencia hay entre pensar las cosas en nuestra cabeza y explicarlas por escrito? ¿Vamos a decir que son palabras lo que escribimos y ideas lo que hay en la cabeza? Todo este trayecto lo hacemos en buena parte para poner entre paréntesis ese lugar común. ¿Ocupa el lenguaje un sitio específico o es más bien una determinada actividad? Me inclino por lo segundo.

Podemos acabar de aclarar estos dilemas mostrando dos tipos de problemas complementarios, que se deducen de todo lo expuesto. Por un lado, está la confusión de tipos lógicos, algo bien sabido y comentado. El artículo de la revista no “es” el nombre del artículo que citamos. La revista que citamos no “es” su colección de referencias. El “nombre” no es la “cosa”. Como se dice comúnmente, “el mapa no es el territorio”. Pero la confusión de tipos lógicos

existe, es parte de nuestras complicaciones. Aunque los lógicos nos expliquen que “mamífero” es el tipo y “gato” el elemento, en la vida real las cosas pueden ser de otra manera, y confundir los tipos lógicos (tipos y elementos) es bastante corriente. Y puede tener importantes y delicadas implicaciones. Este es uno de los problemas, o si queremos, uno de los lados del problema, para abundar en el quiasmo.

El segundo es la reificación, para llamarlo con un antiguo término marxista. Aquí tomamos las relaciones como entidades, las categorías como substancias, no importa cuáles sean. “Categoría”, en griego, significaba precisamente relación, predicación (algo que se dice de algo). Pues bien, reificar es tomar las relaciones por substancias, suponer que existe algo así como el “significante” y el “significado”, o los “tipos” y los “elementos”, o el “lenguaje” y el “pensamiento”. ¿Dónde? ¿Dónde están los significados y dónde los significantes? ¿En lados diferentes del diccionario? Eso seguro. Sin diccionario, las cosas se complican. Reificar es tomar las palabras (o las nociones) como algo objetivo, no como el resultado de la objetivación. Es una maravilla que el lenguaje hable de “hechos”, dando por supuesto que se trata del participio pasado del verbo “hacer”, una cosa que pocas veces tenemos en cuenta. Hay que decir, en descargo, que *facts*, en inglés, oscurece los hechos -pero renuncio a seguir por el sendero de la confusión-. La reificación ocurre continuamente. Como la confusión de tipos lógicos, es algo que tiene consecuencias y que entorpece nuestros razonamientos. Lo que son las cosas, y cómo están organizadas, tiene mucho que ver con nuestros errores y nuestras desorientaciones. Hablar de la arbitrariedad del lenguaje, como se suele hacer, es abundar en la reificación y en el substancialismo, obvia que alguien hace algo con las palabras y que las palabras hacen cosas en determinados contextos. Este segundo problema, el de la reificación, a diferencia del primero, que es semántico (o, como su nombre indica, lógico), desvirtúa la dimensión pragmática, o “realizativa”, del nudo austiniano, de hecho de los cuatro modos, del entrelazamiento entre pensar y hablar.

El último de los asuntos, pero no el menor porque puede llevar a engaño, tanto por el lado lógico como por el pragmático, es la evidente profusión terminológica o verbal, algo que a veces no ayuda y otras veces

resulta una bendición. Tenemos una infinidad de palabras para referirnos a uno u otro aspecto de nuestros cuatro modos, y aun la enriqueceríamos más escalando hasta el siguiente nivel de complicación situacional, donde aparecerían, sin duda, nuevas dimensiones conceptuales. Hablamos de clases y elementos, de nombres y significados, de palabras y de cosas, de tipos y de ítems, de patrones y de muestras, de modelos y de casos, teniendo en cuenta además que las parejas no siempre se muestran de la manera que digo, y no siempre son estas. El asunto es que la riqueza terminológica es ambivalente. Dejando de lado la redundancia, que puede tener otros valores o sentidos, la profusión terminológica no comporta que haya más palabras que cosas en el mundo; más bien es al revés, algo que esa misma profusión esconde. Más bien se trata del hecho de que las palabras, estas o otras, o las de más allá, están interpretando el mundo, descifrándolo, de alguna de las maneras que sabemos y, desde luego, también, dándolo a conocer. En ese sentido son una bendición. En ese sentido responden también a la interrogación del mundo.

Lo que yo quería mostrar aquí, mi particular aportación a esa discusión, es la manera en la que se articulan la *lógica* y la *pragmática*, para decirlo de una forma más peirceana, *sub specie semioticae*. Establecemos esas relaciones a través del nudo de Austin (ese mágico e inexplicable “1227 es un polígono”). Ese nudo, como interdigitación, es una combinatoria, una operativa computacional relativamente simple, unos conmutadores que se encienden o se apagan alternativamente. Establecemos relaciones a través de ese nudo. Pensamos a través del nudo de Austin. Hablamos, como suponía el filósofo de Oxford, a través de su nudo. Más bien, digamos, es que ese nudo parece ser lo que articula el hablar con el pensar. Algo tan importante, pero quizás, al mismo tiempo, tan frágil como puede serlo este mismo artículo.

Barcelona, 28 de febrero de 2019

Referencias

Austin, J. L., "Cómo hablar: algunos modos simples", en *Ensayos filosóficos*, ps. 133-149, Revista de Occidente, Madrid, 1975. Trad. de "How to talk: some simple ways", *Proceedings of the Aristotelian Society*, 1952-1953.

Bateson, G., *Steps to an Ecology of Mind*, University of Chicago, 1972.

Peirce, Ch. S., *Obra filosófica reunida*, Houser, N. & Ch. Kloesel (eds.), Fondo de Cultura Económica, México, 2012.